

MI MARIDO, UN ENFERMO MARAVILLOSO

Voy a afirmar algo que tal vez suene extraño a quien comience a leer este corto relato. Me interesa dejar claro que la enfermedad que aqueja a mi marido fue para mí, en un momento dado, como un regalo del cielo. ¿Puede entenderse esto?. Trataré de explicarlo en pocas palabras.

Mi marido es un hombre inteligente a quien, como a muchas otras personas, gusta estar al día en todo lo que la medicina publica relativo a cualquier mal o dolencia que padezca, o crea padecer. Estudia los síntomas, el proceso, las consecuencias físicas o psíquicas y cuanto a ella se refiera. Naturalmente dentro de su ignorancia médica ya que su profesión de ingeniero nada tiene que ver con la salud. Sin embargo, tengo que reconocer que no es aprensivo. Y yo le creo, porque, a veces, suele acertar en el diagnóstico de sí mismo.

Por ello, cuando en una época determinada me comentó: "Me duele la cabeza y también el otro día. Además noto síntomas raros: hormigueo en las manos, las piernas me pesan, ando con cierta dificultad..." Al insistir a los pocos días, empecé a preocuparme: "¿Qué crees que te ocurre? " "No sé, no quiero ni pensarlo, pero mucho me temo que sea un tumor cerebral" Aunque las molestias, según decía, no eran ni constantes ni excesivas, podría ser algo demasiado serio para dejarlo pasar. Decidimos: "Habría que consultar a un médico". Y pedimos hora a un neurólogo pues tampoco, por otro lado, queríamos ir a Urgencias de un Hospital. Y ahí empezó nuestro Calvario. Faltaba casi un mes para la visita y, como al pedir hora habíamos materializado nuestro miedo, las dudas se incrementaron. Mi angustia era infinita, precisamente por no saber a que atenernos, imaginando un final a corto plazo y tal vez con atroces dolores...La espera, en fin, se me hacía insoportable.

Además el recuerdo de un amigo muerto tras dos operaciones en la cabeza por un tumor reproducido, no se nos iba de la mente. Solo acogiéndome a alguna esperanza quería pensar si precisamente ese recuerdo alimentaría su temor

Durante un tiempo las noches fueron terribles para mí. Viéndole dormir a mi lado, a veces inquieto, me preguntaba hasta cuando le tendría conmigo. Y mi pensamiento volvía una y otra vez a los mismos temores. Antes de hundirme en

esa nada que es el sueño, la oscuridad me atenazaba aumentando cualquier duda, volviendo todo aún más grave, y su pérdida me parecía irremediable.

Al fin llegó el tan deseado y temido día. Visitábamos al médico. Afortunadamente, todo se precipitó. En muy pocos días, pruebas, nuevas visitas y rápidamente el diagnóstico: SE TRATABA DE UN PARKINSON.

¿Es posible entender ahora por qué la enfermedad, la que verdaderamente padecía, sonó a música celestial para nosotros?. NO HABLA TUMOR, SOLO ERA PARKINSON.

Bien es verdad que no valoramos entonces debidamente la gravedad de lo que esto significaba. Sólo sentimos que atrás quedaba el miedo a una muerte casi inmediata y, en cambio, ante nosotros una enfermedad grave, sí, pero larga, con esperanza de supervivencia, con medicación para combatirla, con distintos estadios que habríamos de recorrer haciéndonos así, poco a poco, a la idea de convivir con ella.

El tratamiento comenzó de inmediato y sus benéficos efectos también. Desaparecieron los síntomas y día a día iba mejorando. La normalidad, sobre todo psíquica, volvió a nuestras vidas aunque, eso sí, siempre con la espada de Damocles encima de nuestras cabezas. Pero no la veíamos porque no queríamos verla. Preferíamos olvidar, como si todo hubiera sido un sueño. Únicamente para el recuerdo quedaba la medicación diaria, estrictamente tomada, aunque eso resultaba hasta tranquilizador. Fueron DIEZ AÑOS felices.

Pero...tenía que llegar...y llegó. Un día, así, sin más, los síntomas volvieron a hacerse patentes y ahora con más fuerza. Sabíamos, además, que esta vez, ya sin remedio

El neurólogo nos fue explicando lo que estaba por venir y eso nos sirvió de gran ayuda. Era como ponernos una coraza que, al menos, evitaba el daño de la sorpresa, preparándonos para la lucha de cada día.

Pronto volvió la dificultad de movimiento en brazos y piernas, la inestabilidad en el paso, las contorsiones incontroladas, los pequeños "parones" cada vez más frecuentes durante los cuales el cerebro ya no mandaba sobre los miembros...

Al principio, nuestra vida fue medianamente normal. Podíamos comer o cenar fuera de casa, ir al cine o teatro, a la Iglesia, llevar, en fin, una vida social ligeramente controlada. A poco, sin embargo debimos adaptar nuestro horario a las distintas fases de "su día". Afortunadamente su despertar era casi normal, es decir, se movía con facilidad lo que le permitía arreglarse y salir a dar un paseo. Esto es algo que hemos procurado a lo largo de los años no interrumpir nunca. Pero, a las dos horas llegaba el "parón de la mañana, (semejante al que tenía por la tarde). En ese tiempo, obligatoriamente sentado ante el ordenador o la Televisión, entretenía las horas con la lectura o la radio. Poco antes del mediodía sus condiciones volvían a la normalidad y podía salir. Hasta comíamos con un grupo de amigos una vez por semana, siempre los mismos, a quien nos unía no ya amistad sino una hermandad de 30 años, compartiendo juntos vacaciones, fiestas, penas y alegrías. Ellos fueron un gran apoyo desde el principio. Les queremos y nos

sabemos queridos.

Las salidas nocturnas, sin embargo, tuvieron que ser suspendidas, pues ya no estaba en condiciones, a esas horas, de moverse de casa

El tiempo iba pasando, fueron dos, tres años, quizá.

Pero las limitaciones iban cercándolo. Poco a poco había renunciado a esas pequeñas o grandes cosas que conforman una vida cómoda, agradable e independiente: conducir, salir solo, ducharse sin ayuda, incluso hablar por teléfono pues ni controlaba sus manos ni la comunicación de palabra le resultaba ya fácil....Limitaciones algunas importantes ya que afectaban a su dignidad y autonomía.

Sin embargo, su mente seguía lúcida, clara y hasta rápida en comparación con sus palabras.

Por mi parte, yo estaba preparada. Los libros que me aconsejaron me habían enseñado sobre la forma de comportarse ante la enfermedad y el enfermo. Mi única misión, lo tenía muy claro, era ayudarlo a superar todo lo arduo y difícil que pudiera sobrevenirle. Sabía que la sonrisa, la ternura, el restar gravedad a los impedimentos que iban surgiendo eran vitales para su estado de ánimo. También el no mostrar mi preocupación, mi dolor, mi angustia, aunque el corazón se me rasgara por dentro. Iba en ello la paz del suyo. Y así lo hice, sin agobiarle, procurando que él realizase todo lo que aún le permitían sus miembros, sin hacerle sentir su inutilidad....

Yo, sin embargo, he vuelto a perderme en las noches interminables, algunas en vela, cuando el sueño huye de mí y la oscuridad me envuelve y me agobia. Y, cuando los primeros rayos de luz empiezan a dibujar el contorno de lo que me rodea, desearía quedarme quieta, muy quieta, encogirme hasta desaparecer para no tener que enfrentarme a tanto padecimiento.

Pero reacciono porque sé que no tengo derecho a ello, que él me necesita. Con trabajo me levanto y saludo al nuevo día.

Y a lo largo de ese día, aún conociendo a lo que me enfrento, aún sabiendo que es progresivo y sin esperanza noto que cada instante, cada aliento de vida me trae un átomo, solo uno, de fortaleza, la suficiente para no hundirme y ayudar a alguien tan querido. Y hasta me permito el lujo de mirar a mi alrededor y darme cuenta de que existen enfermedades y situaciones aún más penosas. Y que, dentro de nuestra desgracia, somos unos privilegiados, porque estamos juntos, nuestra situación económica es buena, no existen los dolores y Dios nos ha querido regalar con casi 50 años de feliz unión.

Por otra parte, la familia, mis cinco hijos con sus respectivos cónyuges y mis nietos, viven también la enfermedad. Brindan su apoyo moral en todo momento y rivalizan en ayudar con cariño y paciencia.

Es enternecedor ver a niños de 8 y 10 años conducir a su abuelo, despacito, por el jardín. O jugando al ajedrez o parchís para distraerle.

Un día, una nena, la más pequeñita dijo de pronto: "Abuelo, ¿Por qué te mueves tanto?".

Yo le miré asustada, no sabía cuál iba a ser su respuesta. El sonreía.

Todos hemos aprendido a escucharle con paciencia para poder entender, adivinar, a través de sus entrecortadas palabras, lo que quiere decirnos. Pero siempre sin prisas, sin

impaciencia... con AMOR.

Estoy, de todos modos, preocupada por su postura ante el avance de la enfermedad, ante el deterioro notable de su estado físico...

Pero es necesario que sepamos valorar su fortaleza de ánimo, que apreciemos lo que significa verle siempre amable, agradable, atento..., sabiendo recibir los cuidados, los detalles, ese saberse amparado por todos sin que su orgullo normal de persona, hasta ahora útil e independiente, se sienta herido en ningún momento. Que no tenga una queja... que sepa transmitir a sus hijos, a mi, a sus amigos, una sensación de paz, hasta de buen humor, que nunca entristece al que le acompaña.

Verdaderamente que, observando esto, no puedo por menos de recordar que los dos somos creyentes y que Dios ha formado siempre parte de nuestras vidas.

¿No será que Su mano está por medio?. Creo que sin ella no habríamos podido llegar a tal grado de aceptación.

Y desde lo más íntimo de mi ser doy gracias al Señor.